

y superará. Quienes pactan con la muerte son tan responsables de su hegemonía como quienes le rinden culto. Pensamiento negativo es también el que hace las veces de justificación de la muerte y de consuelo ante ella, el que se ofrece como lenitivo y sólo cultiva pasiones tristes. Por último, pensamiento negativo es el que olvida a la muerte, el que con su silencio la disfraza y la oculta, el que se distrae con otras cuestiones y no la encara jamás, creyendo que es un problema anticuado, cosa de curas, metafísicos y demás espíritus sombríos.

Por el contrario, la enemistad lúcida y radical con la muerte es la piedra de toque de cualquier pensamiento afirmativo, empeñado en no halagarla, en no concederle ningún privilegio ni pactar con ella o embellecerla. Pensamiento afirmativo es el que odia a la muerte en todas sus formas, tanto las gloriosas como las infames, las «útiles» como las «inútiles», porque toda muerte es, en un sentido profundo, inútil, es el que no cree en la «bella muerte». Pensar afirmativamente es defender la capacidad de resistencia del ser humano frente a la necesidad que ensombrece su existencia y amenaza con llenarla de angustia, es concebir al hombre como un ser contra la muerte. Pensamiento afirmativo es el que actúa como un tónico contra la muerte y cultiva pasiones alegres. Pensamiento afirmativo es también el que no olvida a la muerte ni la considera un asunto menor, el que cree que es algo demasiado serio como para dejarlo en manos de curas, médicos o psicólogos. Pensamiento afirmativo es, en fin, el que renuncia a la lógica sacrificial porque ella es el modo habitual de justificar o legitimar la muerte, de darle valor contable en una u otra forma.

Demasiadas veces se ha cantado, representado y realizado en nuestra cultura el triunfo de la muerte, mientras que aún está por realizar la resistencia del amor y de la piedad, la única y auténtica resistencia contra la muerte que puede dignificar al hombre. Una cultura que glosa y celebra el triunfo de la muerte o que oculta con angustia su presencia porque reconoce inconscientemente en silencio dicho triunfo, porque sabe, sin decirlo, que se ha cumplido, es nihilista hasta su misma raíz. Acabar con la hegemonía de la muerte es una de las más grandes empresas que puede aún asumir el pensamiento. Denunciar a todas aquellas concepciones del mundo que la glorifican y pactan con ella es el primer paso necesario para acometer dicha empresa. La abolición de la hegemonía de la muerte consiste también en negarle su papel de deseable mediadora, de «maestra de la vida», de cómplice de cualquier proyecto humano; consiste en considerarla un mal en sí misma, que no puede traer ningún bien; es reconocerla, pero de mala gana y a la fuerza, como a un enemigo traicionero que no da la cara ni es leal en la contienda, débil ante nuestra fortaleza, fuerte con nuestra debilidad. Contra lo que pudiera parecer, la negación de la muerte resulta

ser una actitud más bien excepcional entre los hombres, puesto que el pacto o la resignación ante ella suele ser lo más frecuente. Dice Canetti: «Reniega de todos los que aceptan la muerte. ¿Quién te queda?».

La experiencia trágica de la muerte es un destino de nuestro tiempo y, en el fondo, de todo tiempo, porque ser hombre es saberse abocado a la necesidad de la muerte. Sin embargo, hay muchos modos y muy diferentes de encarar esa necesidad. La cultura occidental, por referirnos sólo al ámbito que mejor conocemos, ha sido hasta hoy en gran medida y es aún una cultura sacrificial, fundada sobre la tumba, el monumento funerario (todo monumento es funerario) y la cruz, vinculada a una consideración positiva y sacralizadora de la muerte. Ha hecho de ésta el fundamento del poder y el motor de la Historia, el dios escondido detrás de toda una mitología del sacrificio, tanto religiosa como laica. Es precisamente en este sentido de cultura, como culto a la muerte, en el que, por desgracia, puede decirse que todo documento de cultura es un documento de barbarie (W. Benjamin). La cultura occidental ha tenido y tiene preferentemente un carácter *tanático*, porque glorificar el sacrificio, inmolar a los individuos en toda clase de altares y a toda suerte de dioses sanguinarios es rendir culto a la muerte. Por ello, es preciso pensar y realizar otro sentido de la cultura, alejado de esta pulsión de muerte.

VI

La muerte es la imagen misma de la Necesidad, la legitimadora de toda renuncia, de toda opresión, el rostro de la impotencia y la derrota, el verdadero fundamento de la maldad: «Tenemos que ser malos porque sabemos que vamos a morir» (E. Canetti). Por eso, es bueno cuanto niega y debilita a la muerte y es malo cuanto la afirma y fortalece. La negación de la muerte se convierte, así, en un nuevo fundamento de la ética y una muy distinta concepción de la cultura, que debe comenzar por abandonar la concepción sacrificial del individuo, es decir, la idea de vencer a la muerte con la muerte, la idea de la muerte que produce vida.

Desde este nuevo punto de partida, cultura es todo aquello con lo que el hombre se cuida de la muerte, pero cuidándose contra la muerte. Barbarie es, por contra, aquello a lo que el hombre da lugar en su alianza con la muerte. Muchas formas aparentes de cultura son modos encubiertos de barbarie, porque en demasiados casos los seres humanos confían en vencer a la muerte aliándose con ella, utilizándola para sobrevivir o aumentar su poder. En esos casos la cultura es una mentira fundada en la glorificación y mitificación de la muerte. El arte, la filosofía y la religión son la expre-

sión simbólica, espiritual, de nuestra resistencia contra la muerte, de nuestro deseo de vencerla, darle sentido o darnos, al menos, consuelo ante ella. Pero también suelen ser apologías declaradas o tácitas de la muerte cuando la ensalzan, la interiorizan, la adornan de manera épica, la justifican como necesario sacrificio o la ocultan. Es posible el reconocimiento racional de nuestra condición mortal y, al mismo tiempo, la resistencia pasional contra esa condición. Es posible vivir la muerte como una Necesidad imposible de aceptar, pues no es contradictorio reconocerse mortal y querer ser inmortal. El hombre es racionalmente un ser para la muerte y pasionalmente, éticamente, un ser contra la muerte, un querer contra la muerte. Es necesario asumir con todas sus consecuencias la idea de que «el mayor esfuerzo de la vida es no acostumbrarse a la muerte» (E. Canetti) y llegar a la convicción de que la muerte es inútil y no sirve para nada. Sólo será posible derribar tantos altares sedientos de sangre cuando desatemos el dolor, el sufrimiento y la muerte de la necesidad, cuando resistamos a la tentación demoníaca e impía de hacerlos productivos.

Desde esta resistencia ética contra la muerte es preciso pensar y realizar una nueva concepción de la cultura entendida como cuidado y atención a la vida, una concepción más femenina que masculina, vinculada a la cuna y a la inquietud solícita y amorosa, pero no a la tumba y a la pasión viril o guerrera, más fraternal que sacrificial, fundada en un nuevo sentido de la piedad que rechace su connotación masoquista y haga de ella una solidaridad afirmativa frente a la muerte. La única piedad verdadera es la que se fundamenta en la negación de la muerte, porque no deja fuera de ella a ningún hombre y se basa en el universal reconocimiento de nuestra condición mortal y en la solidaridad de nuestro común querer contra la muerte.

No hay amor, por débil o breve que sea, que no se proponga vencer a la muerte; no hay hombre, si es humano, que la merezca, ya sea para darla o para recibirla, pues es con relación a la muerte «donde debería empezar la verdadera ilustración, que establece las bases del derecho de *todo* individuo a seguir viviendo» (E. Canetti). La lógica sacrificial es la negación de la piedad, es el impío olvido de la compasión universal contra la muerte, cayendo en el engaño de creer que la muerte en sí misma puede ser transformada positivamente y puesta al servicio de la vida, sin ver que ella es lo Otro, el sinsentido, lo que sólo puede ser odiado y combatido. Negar esa lógica es no pactar con la muerte, no creer en el Poder que ella sostiene, la gran Tirana, en la Historia que ella alimenta y de la que, como Saturno devorador, se alimenta, es no postrarse ante ninguno de los ídolos que viven y crecen desde esa miseria.

Somos mortales, sin duda, y éste es un hecho trágico, el hecho trágico por excelencia, pero no hay razón, salvo la impiedad, para convertir una

cuestión de hecho en una cuestión de derecho, para hacer de la muerte una deseable Necesidad. Tan cierto es que vamos a morir como que no queremos morir; tan verdadera es la muerte como nuestro rechazo y resistencia hacia ella. Por eso, es impío hacia los muertos que no quisieron morir y hacia los vivos que morir no queremos el hacer de ella algo «útil», el volverla productiva mediante la lógica del sacrificio, el refrendarla y explicarla dándole razones y fundamentado su necesidad. Es hipócrita y cobarde saberla nuestro Enemigo, el gran Otro que todos tenemos, y, a la vez, halagarla, embellecerla, disfrazarla, reverenciarla y alimentar más, si cabe, su poder con nuestra impotencia.

Es desesperada y nihilista una cultura cuando se reconcilia plenamente con la muerte, cuando se acostumbra a ella y la mira con indiferencia, ya sea por la esperanza en mitos de ultratumba o por la resignada o interesada apatía hacia su dolor. Quien *usa* la muerte comete la mayor impiedad y quien mira sin inquietud una muerte está ya preparándose para soportar sin rebelarse cualquier miseria.

No merecer la muerte, hacerla aparecer en nosotros como violencia injustificada, que proviene de un misterio brutal y desconocido; estar a su altura cuando ella pretende humillarnos, son los principios básicos de una negación ética y filosófica de la muerte; de un pensamiento afirmativo que concibe al hombre, ante todo, como un ser contra la muerte. Ser contra la muerte no es darle la espalda, sino encararla como se hace con el peor enemigo, el más despiadado y traicionero, el que sólo es fuerte con nuestra debilidad. Todos nuestros pasos deben ir encaminados a protestar y resistir ante la más antigua y la más secreta hasta ahora de las alianzas: esa complicidad que pervive desde tiempo inmemorial, constantemente renovada, entre la cultura y la muerte.

Se trata, en definitiva, de poner las bases para una ética de la piedad, una piedad no masoquista, no sacrificial y productiva, sino amorosa y fraterna, humanista, afirmadora de la vida; que se funda en el universal reconocimiento de nuestra condición mortal y en la solidaridad de nuestro común querer contra la muerte; una ética que nos permita vivir en paz con todos los hombres y en guerra sólo con la muerte. Se trata de hacer las paces alguna vez con todo, menos con la muerte entendida como útil Necesidad.

Unas bellas palabras de Sénancour pueden servir para resumir el espíritu de esta meditación:

El hombre es perecedero. Puede ser; mas
perezcamos resistiendo, y si es la nada
lo que nos está reservado, no hagamos que
sea esto justicia (Sénancour, *Obermann*).

A esas palabras sólo añadiremos por nuestra parte una máxima, una primera piedra desde la que es preciso construir un nuevo modo de pensar y de actuar: no alabes a la muerte; no la desees, ni la temas; no pactes con ella, ni la merezcas.

José Martínez Hernández



La balsa de la Medusa

Número 29

1994

REVISTA TRIMESTRAL

A. de Prada, *Sobre perros y destinos. Apuntes democráticos*. H. Böhringer, *Zombi en el diván*. L. Martín Rojo, *La demonización de Sadam Husein*. J. L. Pintos, *La espada y el puño*. M. Sentís, *Haití* (texto y fotografías). A. García Berrio, *Arte Moderno: consistencia, mito, diferencia*. G. Groot, *Las promesas del arte. Una entrevista con Hans-Georg Gadamer*. J. L. Villacañas, *Diálogos sobre Hamlet*. J. Arnaldo, *El arte según nuestras células*. R. Guardiola, *Las tesis de Calatayud* (Bartomeu Pou i Puigserver). V. Bozal, *Duchamp, el arte y el historiador, incluso*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.